

Para producir la vida es necesario tener la tierra distante del sol. Los montañeses querían llevar el pueblo francés hasta el logro de las idealidades abrasadoras y porque los detenía la Gironda y sus jefes para que se alcanzasen los frutos y provechos, de la distancia, llamabanla ¡pérfidos!, apóstata y traicionera. Así habían de buscar por todos los medios pruebas demostrativas de que los girondinos en su alma, no eran por modo ninguno tan republicanos como ellos y encontraron un tema terrible. Nadie se había del rey acordado en los primeros meses de la Convención, recluso dentro del Temple, imaginaban todos guardarlo allí para que sirviese de prenda pretoria contra las maniobras y avances de los reyes irruptores. El día que la plebe pretendió agredir aquella fortaleza para mostrar á la reina el cadáver de su amiga Lamballe, impidiólo el mismo ayuntamiento revolucionario á todo trance y hasta con fuerzas en armas. Pero el maquiavelismo terrible de los montañeses, quienes se determinaban á su trágica propuesta sin odio alguno en las entrañas al rey cantivo, adivinando cuanto repugnara en la fracción helénica un sacrificio inútil de éste, propuso que demostrase la Gironda su republicanismo, ya que tan profundo y exaltado era, con una demostración clara y sencilla, con una demostración esencialmente republicana, con la muerte pública, solemne, aparatosa en la guillotina, de Luis XVI. Esta bomba terrible, mató de un estallido á la Gironda y al rey. Y así pasó el primer período de la Convención.



CAPITULO CUARTO

De cómo comenzaron y cómo concluyeron las instituciones realistas

Al llegar á este punto, al punto en que la vieja monarquía desaparece, debemos detenernos un poco recordando su formación y su establecimiento, sin cuyo recuerdo no comprenderíamos su vida intrínseca, su naturaleza propia y el desarrollo de esta vida y esta naturaleza, único medio suficiente á explicarnos su descomposición y su muerte. Quien dice monarquía, no dice la monarquía de Luis XVI únicamente; dice toda la monarquía. Verdad que acaba el viejo absolutismo histórico y monárquico, en la persona de Luis XVI, reemplazándolo el régimen parlamentario y constitucional, que, bajo sus apariencias realistas, constituye una verdadera República. Pero Luis XVI no aparece de súbito en el tiempo y en el espacio, es hechura de muchas generaciones, producto de muchas ideas, fase postrera del tiempo, que parece por lo duradero la eternidad, vivo corolario y resumen del ideal que amanece allá en las extremidades orientales y que llega en su movimiento dialéctico, hasta los extremos occidentales de nuestra Europa, último continente monárquico, pues América surge y aparece á nuestros ojos, como un continente republicano en su esencia. Las sociedades humanas componen y descomponen ellas mismas estos organismos tan grandes como la monarquía y no hay medio de saber por qué se disolvieron, si no se sabe también por qué se formaron. Indudablemente los primeros hombres tal y como nos los muestran las edades prehistóricas, vivieron en guerra entre sí mismos, como hoy los indómitos salvajes de las pampas y de los desiertos, sin formar sino muy tarde la familia, superior al ayuntamiento

primitivo y pasajero de los sexos y tras la familia, esa reunión de familias que comenzara por la tribu más ó menos perseguida, más ó menos errante y nómada, en el mundo. Esta familia en cuyo alrededor se formó la tribu y esta tribu en cuyo alrededor se formó el esbozo de toda sociedad, comenzaron por tener un rudimento de organismo natural y este organismo, cuando llegó á perfeccionarse por obra del segundo creador, del tiempo, buscó el sensorio común, el centro nervioso, el motor necesario de sus movimientos el árbitro de su vida común, el órgano á que llamamos cabeza. Este órgano fué como todos saben el Patriarca, quien fundó y constituyó el patriarcado. En el estudio reciente de la prehistoria, los sabios más enterados de la vida precedentes á nuestras modestas cronologías, declaran haber existido antes del patriarcado, una institución, cuya naturaleza se indica, indicando su nombre, la institución del matriarcado, quien según ellos, precedió al Patriarca, germen primitivo de todas las monarquías. Los que así discurren sobre tal materia, no sólo encuentran rastros del matriarcado en las tradiciones seculares, fundan la existencia de tales rastros, en la naturaleza mismo del hombre. Al rededor de pobre cuna formada con palmas donde sonreía un mísero niño, dadas las creencias de los tiempos fetichistas, podía una mujer crear mágica y hermosa el esbozo de una sociedad vividera. Muy cerca del animal, muy cerca de todos los brutos inferiores, el hombre, asaltaba su hembra sin empacho y sin escrúpulo, dejándola por completo abandonada luego, sin curarse del fruto de un amor fugaz, el cual había obedecido sólo al más bárbaro y al más rudimentario instinto, aguijonazo del deseo. El hombre no podía saber en su vida errante y nómada, en su bestialidad nativa, en sus ayuntamientos pasajeros con la hembra, encontrada por sus caminos, quien fuera su hijo, mientras que la mujer lo sabía, y sabiéndolo, formaban un grupo permanente y un germen de sociedad futura, merced á los cuales, estaba en el caso de atraerse los hombres y someterlos aunque débil y necesitada de todo auxilio, á su autoridad superior. No se comprende hoy la posibilidad siquiera y menos la verosimilitud histórica, de que pudiese amanecer un principio de monarquía en el punto mismo donde amaneció el matriarcado. Mas no juzguéis á los prehistóricos por nosotros mismos, hijos de la civilización, por ende hijos del tiempo eterno que ha corrido como un río sin fin, entre las riberas y los surcos, de la divina eternidad. Pero figuraos unas edades fetichistas, unos hombres que creen oír sus dioses en los bramidos del viento y levantarse como redivivas mariposas los difuntos en las arenas del desierto, y comprenderéis tenga ese hombre necesidad absoluta de que alguien interprete sus relaciones con los fetiches y los misterios de que los fetiches y los muertos se hallan circundados y no encontrará para esto ninguna otra revelación más que la de ser bello, sensible, profético, inspirado, que llamamos compañera de nuestra vida, no la hembra solamente, la mujer, intérprete del sentimiento religioso. Así por esta interpretación, la mujer domina en el hombre que no ha podido retener con el encanto de sus sentidos y le obliga después de

haberle hecho servir en los templos, á servir en los hogares y después de haberlo hecho servir en los hogares, á servir en la tribu, es decir, á servir en la sociedad. ¿Os explicais ahora la naturaleza, los orígenes, la finalidad del matriarcado germen primero de la vieja y perdurable monarquía? Las magas y hechiceras de Caldea, poniendo en relación los astros del cielo con los dedos y líneas de sus manos; las sacerdotisas en cuya frente se leen los enigmas de las edades futuras; aquellas amazonas vencidas en la Iliada por Aquiles; aquellas pitonisas puestas sobre la trípode, formulando los destinos de Grecia; las nobles Aspacias en cuyos labios bebían los oradores griegos la miel de su elocuencia; las ninfas egerias estatuyendo con sus ideas y sus inspiraciones la eterna legislación romana; las grandes y hermosas intérpretes de la región céltica, religión de la inmortalidad, llamando los muertos bajo el solio de sus encinas seculares, al resplandor primero de la luna llena, dicen bien claramente que ha sido el matriarcado una institución perdurable y que esta perdurable institución de los tiempos prehistóricos, ha sacudido sobre la tierra los gérmenes de la monarquía. Y de esta monarquía femenina, reconocida y confesada ya en la historia por todos los escritores contemporáneos, el tiempo sacó la monarquía masculina que ha llegado hasta nosotros y cuyos representantes primitivos ó primeros fueran los santos Patriarcas.

En realidad cada continente muestra un carácter político uniforme. Así el Asia desde tiempo inmemorial, prefiere á todo la Monarquía; y así la Europa prefiere á todo el Parlamento, mezclado con la Monarquía, y así el Nuevo Mundo, América, prefiere á todo la República, mezclada con el Parlamento. Digan cuanto quieran los modernistas empeñados en hacer autoctonas de nuestra Europa las viejas instituciones asiáticas, el mundo comienza por Asia; y como el mundo comienza por Asia, en Asia comienza la Monarquía. Monarquía de castas la misteriosa India; Monarquía de magia la etérea Caldea; Monarquía de combate la guerrera Persia; Monarquía de comercio la mercantil Fenicia; el instituto monárquico no tiene más objeto que defender con grandes ejércitos y con sumas fuerzas contra la guerra universal que lo rodea, el ministerio predominante allá en los pueblos entregados á su custodia y seguridad. De tal modo la institución monárquica se impone al Asia, que hay un imperio sacro como un arca cerrada, el imperio chino y en medio de la descentralización á que lo condena su inmenso territorio y sus innumerables pueblos, profesando como principal ministerio y trabajo la agricultura, funda un monarca y tiene una Monarquía que le aseguran la siembra y la recolección de sus frutos. Sin embargo, á pesar de que todas las aglomeraciones formadas por tribus asiáticas toman organizaciones monárquicas, no hay que negarlo, en estas monarquías predominan, ó la teocracia bajo la forma de un sacerdocio todo poderoso en sus innumerables facultades, ó la milicia en la forma de un ejército tan extenso y tan complicado, que contiene y representa la sociedad misma en todas sus manifestaciones. Nadie puede negar que ha nacido el dualismo, la

religión de los dos dioses, el del bien y el del mal, en lucha perpetua dentro de la vieja Persia y que esta religión ha condenado aquella Monarquía, en todo su desarrollo á una perdurable guerra, nadie puede negar que una especie de ciencia cabalística, dimanada en parte de Caldea y en parte indígena del Nilo, ha creado aquellos imperios faraónicos transmisores del saber oriental á la joven é inspirada Grecia y que transformaron cuanto pudieron las instituciones monárquicas de Asia en los abrasados arenales que fecundaban las pródidas aguas del misterioso Nilo. Mas hay que reconocerlo; dentro del movimiento monárquico del Asia, se reproducen muchas fases del movimiento monárquico europeo: que siempre fué una la tierra y una la humanidad. Hay en Asia, dentro de la India, el feudalismo teocrático, mayor todavía que nuestro feudalismo medioeval, por ser el indio monárquico y hereditario; hay en Asia el feudalismo militar, representado por la Persia, mayor aún que nuestro feudalismo anterior á las Cruzadas, porque no tuvo elemento democrático ninguno que lo destruyera y que lo mitigara; pero el fenómeno más raro de todos los fenómenos asiáticos es la existencia de una monarquía mercantil, como la moderna Monarquía inglesa. Esta Monarquía, de cuyos tesoros cuentan y no acaban las historias con las fábulas, ensalzada por Salomón en sus libros, portadora del marfil, del cedro y del oro, quien tejía los blancos linos de las velas y echaba sobre las celestes aguas del Mediterráneo las gallardas ramas y troncos de los cedros del Libano formando una cintura de reveladoras naves entre Asia y Grecia; esa Monarquía es la que llamamos fenicia, contra cuyas tentaciones tanto tuvieron que aparejarse y aperebirse los tres focos de nuestra cultura, llamados: Jerusalén, Atenas, Roma. Monarquía fué Fenicia, monarcas fueron los reyes de Tiro y de Sidón, mas como quiera que amparaban una virtud esencialmente democrática, el trabajo y su natural consecuencia el comercio, parecióse mucho, muchísimo, á una República. Así es que al dejar los descendientes de Tiro la tierra monárquica por excelencia, el Asia, conservaron para su colonia, para su Cartago, todas las excelsas cualidades del reino mercantil, fundado por ellos á las puertas de nuestra Europa, más no pudieron conservar la monarquía; de aquel trabajo y de aquel comercio, aunque defendidos militarmente con fuerzas considerables, brotó y nació la República. Cartago, pues, no fué nunca frente á Grecia, frente á Roma, frente á España, frente á las regiones con quienes tuvo rivalidades ó guerras, una Monarquía semejante á las monarquías asiáticas, fué una República, trabajadora, comerciante, industrial, pero al cabo República. Poco deben los investigadores quemarse las cejas, indagando el origen de las instituciones republicanas que llegaron el año 92 en Francia como vamos viendo, á su tonante zénit. Las razas intermedias entre Asia y Europa, las razas semíticas de Tiro y de Jerusalén, las razas arias de los archipiélagos jonios, produjeron esta forma republicana, en la cual hoy libramos aún tantas esperanzas y de la cual aguardamos confiadísimos una confederación progresiva de nuestra Europa, que acabando con los venenosos restos del

combate y de la conquista, nos granjee, los frutos de la ciencia, los frutos de la paz y de la libertad universal. Así mostraremos una vez más, cómo las instituciones progresivas que tan caras cuestan á los pueblos y que tan hondos males traen aparejados consigo al nacer, como estamos viendo en la revolución francesa, no brotan por que las quiera una voluntad firme, porque las anuncie un gran revelador, brotan porque las genera una sociedad, bajo los códigos universales de la Naturaleza y de la Providencia.

Es muy de notarse que por Oriente y por Occidente de Fenicia surgen las repúblicas; por Oriente la República judía, por Occidente la República griega. Yo no diré con el gran filósofo Vico, no lo diré, que los pueblos vayan de las monarquías á las repúblicas y vuelvan de las repúblicas á las monarquías. El pensador napolitano para sostener esta extraña tesis, sólo tuvo en cuenta la historia clásica en que comienzan Grecia y Roma con monarquías y con monarquías concluyen Grecia y Roma. Pero los dos mil años de la historia moderna tan fecunda en pródidas enseñanzas, ha traído una serie de fenómenos, los cuales no caben dentro del saber clásico, á la manera que no caben los astros y los fenómenos del hemisferio austral dentro del saber astronómico, anterior al descubrimiento de América. Con efecto, los pueblos en su rudeza primitiva, toman la forma monárquica de igual modo y manera que toman las especies de los terrenos geológicos inferiores á nuestra zona terciaria, las extrañas formas que vemos en los fósiles. Comienza, pues, toda sociedad por el Patriarcado, cuando no por el Matriarcado, y Matriarcado y Patriarcado representan, la Monarquía vieja en su más genuina forma. Pero ¡cuán arraigada no estará la forma republicana en el humano sentimiento, cuando al separarse de una vieja sociedad el pueblo hebreo y constituirse allá en los desiertos pedregosos y en las montañas abruptas soberano de sí mismo, constituye la forma republicana como la forma también más connatural y más congénita con su índole nativa y con su vieja historia! En el antiguo pueblo hebreo, representa Abraham la Monarquía; representa Moisés la República. El ha sacado á Israel de las ergástulas egipcias; él ha sumergido en las aguas del mar tempestuoso los tiranos y las tiranías con todos sus carros y caballos; él ha herido la dura piedra con el verbo mágico de sus labios y ha hecho brotar de los pedernales el agua nativa que apaga la sed y descender de lo alto el maná pródigo que satisfacen el hambre en los desiertos; él ha entonado el cántico llamado de Moisés y repetido después en todas las Marselesas y en todos los himnos de la libertad universal; él ha formulado una moral de que todavía vivimos y nos ha revelado un Dios, al cual aún adoramos de rodillas, toda esta obra maravillosa, una de las mayores que pueden imaginarse, ha sido comenzada, dirigida, perfeccionada, bajo la forma de gobierno que tendrán en lo futuro todos los pueblos libres, bajo la forma republicana. Comparad la pobre monarquía de Abrahám tarda como el paso de sus camellos y de sus asnillos, sin fijeza en parte ninguna, nómada, porque parecen perseguirla todos los elementos, ya bajo la protección de los caldeos y de sus